

049. Anunciar al Dios desconocido

Vamos a presenciar hoy una escena muy interesante, narrada en los Hechos de los Apóstoles: Pablo que predica a los griegos en el Areópago de Atenas, donde se juntan gentes desocupadas. Más que sabios, los oyentes de Pablo son filosofantes un poco presumidillos. Quedan ya muy lejos los antiguos sabios de Grecia, como Sócrates, Platón o Aristóteles.

Los que ahora merodean por aquí son más bien curiosos, que filosofan un poco, y oyen con gusto a maestros nuevos, a ver qué teorías traen. Pablo va a resultar un tipo singular. Empieza a hablar con un grupo que se forma a su alrededor:

-Atenienses, os veo algo supersticiosos. Paseando entre vuestros monumentos, me he encontrado un altar muy llamativo, con esta inscripción: Al Dios desconocido.

El auditorio de Pablo consiente:

- ¿No te parece bien? Desde Júpiter, el padre de los dioses, y de Marte, hasta diosas tan bellas como Venus o Diana, son muchos los dioses y diosas que adoramos. Y puede que haya alguno realmente desconocido para nosotros. ¿Te parece que no podemos venerarlo también?

Pablo acepta la razón, pues a esto quiere llegar:

- ¡Oh, sí! Precisamente es lo que vengo a hacer: anunciaros a ese Dios que adoráis sin conocerlo. Es el Dios que hizo el cielo, la tierra y todas las cosas. Si está por encima de todas ellas, comprendéis que no se puede encerrar en un templo de piedras talladas construido por hombres...

Los oyentes de Pablo empiezan a entusiasmarse, y dialogan ahora:

- Si ese Dios tuyo es así, hablas bien. Dios no puede habitar en nada material.

- Ni puede ser tampoco de oro o de plata, de piedra o de madera. Si hizo todas esas cosas, Dios está muy por encima de todas ellas, ¿no es así?

- ¡Naturalmente!

- Y a los hombres nos hizo semejantes a El. Lo dijo muy bien uno de vuestros poetas: “Nosotros somos estirpe suya, somos linaje de Dios”.

El público de Pablo está encantado. Ese judío sabe muchas cosas, y le aplauden:

- ¡Sí, señor, y muy bien dicho! Así lo escribieron más de uno de los poetas y filósofos griegos.

- Pues, bien —sigue diciendo Pablo—, ese Dios creador está metido misteriosamente en todas las cosas, y los hombres lo van buscando como a tientas, a ver si lo encuentran. Está muy cerca de cada uno de nosotros.

Esto de un Dios cercano les llama la atención. Era un Dios accesible, no de las alturas a las que no se puede llegar para verlo y tratar con él, y comentan:

- Tú hablas muy bien. Pero, ¿cómo vemos a semejante Dios? ¿cómo lo distinguimos? Aquí los esperaba Pablo, que los ha traído muy mansamente a donde él quería.

- Este Dios nos ha visitado en un Hombre enviado por El, matado por los hombres, pero resucitado de entre los muertos por Dios, como prueba de que es su Enviado. Por medio de El nos va a juzgar a todos un día. Así lo ha establecido Dios.

Risas en el auditorio:

- ¡Oye! Es muy divertido eso que dices de “resucitado de entre los muertos”...

Aquí vinieron las discusiones entre los oyentes. Unos dicen: *¿Y si es cierto?...* Y les replican los otros: *Pero, ¿no creéis que este hombre está un poco tocado de la cabeza?...* Algunos apostillan: *Esta filosofía no se ha oído nunca por aquí...*

Pablo se dio cuenta de que perdía el tiempo con auditorio semejante. Con sonrisa irónica y formas educadas, se despedían de él sus interlocutores:

- Es interesante. Pero, ya te volveremos a escuchar otro día sobre esto que cuentas...

Sólo tres o cuatro le hicieron caso. Pablo vio que era mejor marchar de Atenas y partir para Corinto, donde le esperaba buena cosecha de creyentes... El apóstol vio claro que Jesucristo no se evangeliza sino con la fuerza de la Cruz. No sirven ni los milagros que reclaman los judíos, ni la sabiduría pedida por los griegos. La prueba de Atenas le ha resultado mal, y no volverá a repetirla.

Hoy se evangeliza a Jesucristo de muchas maneras. ¿Se atina siempre, cuando se le habla a un mundo secularizado, descreído, ateo muchas veces?... Los mejores pensantes de la Iglesia nos dicen que hemos de volver a lo clásico, a lo de siempre, a lo que algunos llaman trasnochado, pasado de moda, anticuado...

Hay que volver a anunciar a Dios sin miedos a choques con un mundo autosuficiente y desinteresado. Anunciamos al Dios Creador, al Dios que nos ama, al Dios que nos manda, al Dios que reserva un premio y un castigo eternos. Al Dios que se ha manifestado y se ha dado en Jesucristo, el Crucificado y Resucitado. Predicamos a ese Jesucristo que es el mismo ayer, hoy y siempre.

Esta es la única evangelización posible, testimoniada siempre, además, con la vida de los creyentes, con el *¿somos o no somos?* de nuestro lenguaje popular...

Tiene esto especial aplicación cuando clamamos contra la injusticia social que reina en nuestros países. Gritamos y debemos gritar contra el pecado, contra el egoísmo, contra todo lo que hace que haya cada vez más ricos a costa de muchos cada vez más pobres. Sin embargo, es un desacierto predicar un paraíso ya en este mundo, porque ese paraíso ni se da ni se dará.

Y no hay que envidiar nada a los habitantes de ese paraíso que muchos se forjan a base de renunciar del todo a la Cruz de Jesucristo. Jesucristo nos salvó por la Cruz, y la Cruz es el camino señalado a los seguidores del Señor.

El mundo se desinteresa de Dios. Pronto será en muchas partes *el Dios desconocido*. Pero, ya nos cuidaremos nosotros de hacerlo conocer, amar y servir, *para que sea Dios todo en todos...*